

El anuncio a María del nacimiento de Jesús

Lc 1,26-38

La página del anuncio del ángel a María es bien conocida. El atributo de «celebérrima» puede darse sin énfasis ni temor a ser desmentidos. Poesía y arte, predicación y devoción popular han contribuido a divulgarla de mil formas. Sería arduo querer reseñar todas las obras de que ha sido objeto. Ya en el siglo II, en el cementerio de Priscila, en Roma, se encuentran restos de frescos referidos a la Anunciación. A título puramente indicativo, citamos algunos nombres entre los más prestigiosos del arte italiano y extranjero: desde Simone Martini hasta Giotto, desde el Beato Angélico hasta Piero della Francesca, desde Leonardo hasta Roger van der Weyden.

97

Múltiples son los motivos de tanto éxito, algunos de orden externo o práctico, otros de orden espiritual o sentimental. El relato procede por cuadros sucesivos tan claros y nítidos que permiten imaginar los «fotogramas» de la escena. Además, la teología encuentra aquí afirmaciones capitales sobre Jesús y sobre el misterio de

la encarnación, como también sobre la persona de María; es suficiente pensar en el título «llena de gracia», que es fundamento del dogma de la Inmaculada Concepción. La devoción popular interpreta toda la historia de la Virgen Madre como modelo a contemplar e imitar. Por tanto, distintos motivos hacen que resulte familiar esta página simplemente estupenda. Inspirándose, sobre todo, en ella, un autor griego del siglo VI, Teodoro el Lector, difundió la noticia de que Lucas era el pintor de la Virgen. La información se ha tomado demasiado literalmente, imaginando a la Virgen que posa y al evangelista intentando retratarla. En realidad, Lucas es maestro del color teológico, y no del pastel, porque aquí nos regala el cuadro más detallado y rico de María.

En este punto, es necesario precisar inmediatamente que también nuestro relato, como todo el Evangelio, está eminentemente atento a Jesús. Todos los demás personajes que aparecen tienen valor en su referencia a él. Por eso, desde el título, hemos querido introducir la referencia directa al personaje principal: el anuncio va dirigido a María, pero se trata siempre del nacimiento de Jesús. Sin él, no tendría sentido la presencia de aquella llamada a ser su madre.

El texto

- ²⁶ A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, ²⁷ a una joven virgen, prometida de un hombre descendiente de David, llamado José. La virgen se llamaba María. ²⁸ Entró donde ella estaba, y le dijo: «Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo». ²⁹ Ante estas palabras, María se turbó y se preguntaba qué significaría tal saludo.
- ³⁰ El ángel le dijo: «No tengas miedo, María, porque has encontrado gracia ante Dios. ³¹ Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. ³² Será grande y se le llamará Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». ³⁴ María dijo al ángel: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones?».
- ³⁵ El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que nazca será santo y se le llamará Hijo de Dios. ³⁶ Mira, tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su ancianidad, y la que se llamaba estéril está ya de seis meses, ³⁷ porque no hay nada imposible para Dios». ³⁸ María dijo: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel la dejó.

99

Temática y dinamismo

El fragmento tiene una referencia directa a todo lo precedente a través de ese «sexto mes» (v. 26) que recuerda inmediatamente a los cinco meses de Isabel, citados dos versículos antes. Mucho más que la relación cronológica, vale la relación teo-

lógica entre los dos nacidos, puesta a la luz en los anuncios de sus nacimientos. El anuncio del nacimiento de Juan se dirige al padre, en el contexto solemne de la liturgia en el Templo, en Jerusalén. En el caso de Jesús, se dirige a la madre, una mujer sencilla, encontrada en el contexto cotidiano de su casa, en la desconocida aldea de Nazaret. Lucas construye el díptico de los dos anuncios y, así, prepara el díptico de los nacimientos. Es un paralelismo buscado entre Juan y Jesús: este saldrá a la luz seis meses después del primero, pero será muy superior a él. La combinación, si por una parte muestra la desproporción con ventaja total de Jesús, por la otra pone de manifiesto el lazo estrecho entre ambos.

El fragmento también está unido a lo que sigue. En efecto, el episodio de la visita de la Virgen a Isabel es consecuencia directa del mensaje angélico. María, informada del embarazo de su pariente anciana, decide ir a ella para darle el precioso servicio de su obra, además del placer de su presencia. Por tanto, Lucas ha construido un grandioso fresco en varias escenas, bien concatenadas entre sí.

100

También a nivel interno, el fragmento revela una disposición simétrica, ordenada y lógica, enmarcada entre la presentación de los personajes (vv. 26-27), la llegada del ángel y su despedida con la misión cumplida (vv. 28a.38b). El desarrollo del relato es sustancialmente un diálogo, repartido entre las tres intervenciones verbales de

Gabriel y las tres reacciones de María, según el siguiente esquema:

- I *Ángel*: saludo (v. 28b)
María: reacción emotivo-intelectual (v. 29)
- II *Ángel*: primera parte del mensaje (vv. 30-33)
 respuesta a la turbación de María (v. 30)
 anuncio de la concepción y nombre (v. 31)
 grandeza del hijo (vv. 32-33)
María: reacción verbal; pregunta (v. 34)
- III *Ángel*: segunda parte del mensaje (vv. 35-37)
 identidad profunda del que va a nacer (v. 35)
 signo: embarazo de Isabel (v. 36)
 cita bíblica (v. 37)
María: reacción verbal; adhesión (v. 38a)

Comentario breve

Una mujer como punto de partida

Una mujer, Eva, abre la Biblia; otra mujer, María, abre las puertas al Nuevo Testamento, que será inaugurado por Jesús.

Dios, mediante su mensajero, interviene en la vida de María y, con su propuesta, pretende que se realice un salto de cualidad de toda la historia. María es como el microcosmos que refleja el macrocosmos de la historia de la salvación: es parte del pueblo de la antigua alianza, pero es convo-

cada como primicia del nuevo pueblo de Dios; es invitada a colaborar en primera persona para que el Hijo de Dios pueda introducirse en el tejido de la familia humana; es capacitada para esta tarea con un favor divino especial que se llama *gracia*, prototipo de todos los carismas otorgados por el Señor a sus fieles.

El ángel irrumpe en la cotidianidad de la vida de María con un saludo solemne, como jamás había resonado en toda la tradición bíblica: «Alégrate [sustituto del inadecuado "Te saludo" de la revisión de los obispos italianos de 1997], llena de gracia; el Señor está contigo» (1,28). El título «llena de gracia» que se da a María debe entenderse de forma correcta. En términos rigurosamente teológicos, sólo Dios puede considerarse lleno de gracia, y así lo presenta la Biblia: «Misericordioso y piadoso... rico en gracia y en fidelidad» (Éx 34,6). La gracia es la manifestación del amor libre de Dios, realidad visible de la naturaleza divina íntima. La aplicación a María sólo puede tener sentido derivado, en cuanto que ella es destinataria privilegiada del don de Dios, capacitada para una comunión íntima con Él y, como consecuencia, puede decirse «llena de gracia». La idea la confirma el sucesivo «el Señor está contigo», que funciona como su equivalente. Con este título, María es admitida para participar de forma más íntima en la vida divina y, por tanto, a gozar de su fuerza. En efecto, la gracia es la vida divina entregada para que, a su vez, sea generadora.

La llamada de Dios siempre produce o colabora a la expansión de la vida, siendo Dios la fuente y la razón de toda existencia. La gracia que María alcanza supera toda imaginación y trastoca los límites de lo posible. El don se presenta sobreabundante por la excepcionalidad de su fin: la gracia que se le concede consiste en hacer posible la venida de aquel que está «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14), y cuya aparición hace manifiesta «la gracia de Dios, portadora de salvación» (Tit 2,11). María es dotada de la plenitud de la gracia para que la gracia en persona, Jesús Señor, pueda hacerse presente entre los hombres. Para el Nuevo Testamento, la gracia es el amor de Cristo, que arranca al hombre del pecado y lo hace pasar a la vida nueva. María es invitada a alegrarse porque estará llamada a desempeñar un papel activo en concretar la gracia en la historia. La presencia de Dios en la vida de María y su capacidad para promover la vida humana del Hijo de Dios son las causas de la alegría.

María reacciona con sorpresa y con desorientación inicial. Ella ignoraba, hasta ese momento, el proyecto divino. Experimenta la sorpresa que percibe cualquier hombre alcanzado por la intervención de Dios en su historia, cuando se es catapultado fuera de las vías de la costumbre y proyectado más allá de los horizontes de lo efímero. La sacudida indica la novedad que se prepara cuando Dios irrumpe en la existencia humana. También María queda sorprendida y, en parte, desorientada por el anuncio angélico y, mientras

reflexiona, se le asegura: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios» (v. 30). La gracia es también la principal razón del valor.

Al servicio de la vida

104 El mensaje del ángel consiste en un anuncio de vida. A María se la advierte de que se convertirá en madre de un niño, descrito con caracteres mesiánicos: «Será grande y se le llamará Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (vv. 32-33). Es un concentrado de teología del Antiguo Testamento, rico en promesas proféticas, que danzan entre líneas (cf 2Sam 7; Miq 4,7-8; Is 9,6). La novedad desconcertante consiste en el hecho de que esas promesas pierden la apariencia que las envolvía; el tiempo futuro, como por encanto, se convierte en el tiempo presente, el de la realización. Junto al asombro atónito no falta la perplejidad, la suscitada por el nombre tan solemne (Jesús = «Dios es salvación») a imponer, y por la falta de mención a José, aunque citado poco antes. María parece dejada sola en su «ministerio generador». Sólo ella está llamada al servicio de la vida de este niño excepcional. Algo logra entender, mucho se le escapa.

La intimidad con Dios quita todo miedo, infunde confianza y autoriza a plantear preguntas. María se interroga, e interroga, para comprender

mejor. La vida con Dios no se asemeja a una tabla pitagórica, donde todo se coloca en un lugar prefijado y tiene una inteligibilidad inmediata. Es necesario el esfuerzo de la mente, que procede gradualmente. Dios respeta la naturaleza humana, ayudando a la criatura a colaborar inteligentemente y con conciencia plena. En un punto determinado, la comprensión se detiene. No es posible ir más allá, a causa de la finitud del ser humano. El camino sigue con otros medios. El sentido se interpreta poco a poco, primero con la comprensión, después, poniéndose de parte de Dios, intentando juzgar con su lógica. Obrando así, se pasa de la racionalidad a la confianza y, a continuación, al amor. Es un itinerario que se lleva a cabo con esfuerzo y determinación.

María lo experimenta cuando se le expone, en la segunda parte del mensaje, el nacimiento virginal. Aquí, la inteligencia se detiene; quizá hay un rechazo instintivo, porque no se le concede entender. La experiencia y el sentido común ya no son suficientes. Es necesario orientarse de otra forma y recurrir a la misteriosa fuerza creadora de Dios. Quien acepte colaborar con Él producirá efectos sorprendentes, impensables e, incluso, sobrehumanos. El hombre con Dios, se hace sencillamente «divino». María «corre el riesgo» de la confianza total en Dios y se entera de que «el que va a nacer será grande y se le llamará Hijo del Altísimo» (v. 35). En términos simplificados, le dará vida a un niño que es, también, Dios. Por eso, ella

podrá recibir el título de «madre de Dios», como definirá solemnemente el concilio de Éfeso.

María recibe un signo débil, expresión ulterior de la benevolencia divina, que socorre a la comprensión humana allá donde no encuentra el sustento de la experiencia. También este signo, en sintonía con el mensaje, es una celebración de la vida, confirmando que la gracia de Dios la promueve y exalta siempre la vida. El Dios de la gracia ha penetrado en la vida de una pareja anciana y le ha concedido a Isabel, pese a ser estéril, ser madre.

Una adhesión de amor

106 Al final, María da su consentimiento. Se llama en causa a su voluntad, a su decisión libre de colaborar en el proyecto de Dios. Sólo en este punto la persona puede considerarse, a título pleno, *partner* de Dios. La importancia de la respuesta la describe admirablemente la sensibilidad poética y teológica de san Bernardo: «Responde pronto, oh, virgen... Abre tu corazón a la fe, tus labios a la palabra y tu seno al Creador».

María responde: «He aquí la esclava del Señor, nágase en mí según tu palabra» (v. 38). Palabras sencillas y sublimes que sellan el más grande acto de fe en la historia del mundo, porque representan «el vértice de todo comportamiento religioso ante Dios, porque expresan, de la forma más elevada, la disponibilidad pasiva unida a la pronti-

tud activa, el vacío más profundo acompañado de la mayor plenitud» (H. Schürmann).

La respuesta de María es el *amén* de toda la creación al proyecto de Dios, una expresión de amor incandescente. El término no se explicita en el texto, pero es inevitablemente sobreentendido: sólo por amor se da consentimiento al Amor que llama. A la plenitud de gracia por parte de Dios le corresponde la plenitud de fe y de amor por parte de María.

La gracia no exime del esfuerzo de creer. El anciano Simeón, después de haber hablado de Jesús como signo de contradicción, le profetiza a María: «A ti una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,35). El de Simeón aparece como un segundo anuncio a María, con el que se presenta una maternidad atravesada por el dolor y el sufrimiento: será su forma específica de participar en la pasión redentora. Algunos años después, María tiene que renovar su adhesión de fe y de amor siguiendo el camino de la cruz: se va esculpiendo la figura de la *Virgo dolorosa*. María deberá estar cerca de su hijo, renunciando a entenderlo por completo, como se expresa bien en el episodio de Jesús hallado en el Templo. Las palabras del hijo no son plenamente comprendidas por su madre. Jesús pronuncia sus primeras palabras, y María, las últimas del evangelio de Lucas: a ella le queda el compromiso de meditarlas en su corazón (cf Lc 2,51), convirtiéndose en la primera discípula de su hijo. También para ella, la cercanía a Jesús

significa un crecimiento en la fe; en esto, María se convierte en hermana de todo hombre, en el compartir el gozoso esfuerzo de creer y del crecimiento en la fe (cf *Redemptoris mater*).

La devoción mariana

La página propuesta tiene una irrefutable densidad teológica y mística que explica, también, su éxito. Aprovechamos la oportunidad para profundizar sobre el sentido de la devoción mariana.

Referencias a María se pueden encontrar casi exclusivamente en los evangelios. Fuera de ellos se registran dos pasajes, He 1,14 y Gál 4,4, de los que el primero es, de nuevo, obra de Lucas. La de Pablo es la única voz fuera de los evangelios, con el valor indiscutible de ser el testimonio más antiguo. La afirmación es insuficiente, pero esencial: «Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la condición de hijos adoptivos» (Gál 4,4-5). María no es nombrada y ocupa un puesto secundario, más aún, parentético, en la economía de la carta, una de las primeras reflexiones sobre las relaciones Israel-Iglesia. «Mujer», en relación con el nacimiento, hace referencia a la maternidad. María es aquella a quien Dios ha elegido para permitir a su Hijo convertirse en persona que entra en la trama del tiempo:

Jesús de Nazaret, Hijo de Dios e hijo histórico de la Virgen. Sólo en relación con él se entiende y se define la presencia de María, que será siempre en función del hijo y dependiente de él.

La existencia de María da testimonio de la dimensión humana de Cristo, programa la incontestabilidad del Dios hecho hombre, admite el riesgo de la historia, asumido por el Hijo con la encarnación.

Ya ha pasado el tiempo en que pagamos el precio de una devoción mariana, si no realmente falsa, al menos mal planteada. Olvidando la advertencia evangélica de que la rama separada de la vid se seca y se echa al fuego, se ha pretendido honrar a María sin tener a Cristo en la debida cuenta. Se ha quedado en la mano la rama seca de una devoción no teológicamente motivada y penalizada con una fuerte disminución. Gracias a Dios, ese tiempo nos queda atrás. A nosotros nos corresponde la misión de recuperar el tiempo perdido. Debemos introducir vitalmente nuestro amor a María en el amor a Cristo y a la Iglesia, condición indispensable para que pueda florecer de nuevo la auténtica piedad mariana. La página que acabamos de leer nos ayuda a tejer un discurso sobre María articulado con el de Cristo, a ver a María en servicio a la Vida, a la de Cristo y, a través suyo, a la de muchos hermanos.

Para seguir el camino justo disponemos no sólo del bien incomparable de la palabra de Dios, sino también de ayudas preciosas: el concilio Vaticano

II ha introducido el tema de María en el discurso sobre Cristo y sobre la Iglesia (*Lumen gentium*, cap. VIII), Pablo VI habló de ella con vibrante pasión en la exhortación magistral que es la *Marialis cultus*, de 1974, y Juan Pablo II nos hizo el regalo estupendo de la *Redemptoris mater* en 1987.

Del planteamiento renovado se derivan algunas consecuencias que valen, también, como líneas operativas. Entre los varios puntos, indicamos los siguientes:

1. La devoción mariana no es facultativa como los accesorios de un automóvil, ni decorativa como los pendientes de las señoritas; por el contrario, forma parte de la vida espiritual de todo cristiano. La unión con Cristo comprende la unión con María: «Un cristiano es también un mariano», recordaba Pablo VI durante la peregrinación al santuario de la Virgen de Bonarie (Cagliari), en 1970.

110

2. Siendo elemento constitutivo, la devoción no puede ser periódica o estacional, como las mareas altas y bajas. Se distribuye en el arco del año, aunque en algunos meses, como mayo y octubre, puede experimentar un florecimiento más variopinto.

3. La devoción se concretiza en la oración, los gestos y la vida. Las modalidades difieren según las sensibilidades, los usos y las circunstancias. Se puede aconsejar útilmente:

- la recitación individual y, cuando es posible, comunitaria del Rosario;
- la oración del *Angelus*, para enmarcar bíblicamente la jornada (mañana y tarde);
- la lectura meditada y la repetición de fragmentos o frases bíblicas;
- la lectura de libros válidos que hablen de María;
- la visita a santuarios marianos con la participación en los sacramentos.

Finalmente, se recuerda que el conocimiento del papel de María en la historia de la salvación debe llevar a la imitación de aquella que es Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. La imitación de sus virtudes sigue siendo la devoción más verdadera y de mayor valor.

Del texto a la vida

1. ¿Acepto, como María, que Dios entre en mi vida? ¿Hasta qué punto estoy dispuesto a escucharlo y a seguirlo en sus propuestas? ¿Es la oración el espacio privilegiado para escuchar a Dios y para hablarle? ¿Cómo y cuánto rezo?
2. ¿Hago buen uso de mi inteligencia para encaminarme en la comprensión del misterio de Dios? ¿Exagero en este punto, pretendiendo tal vez resolver todo con la inteligencia y de-

teniéndome allá donde dejo de comprender?
¿Cómo interpreto la frase de Pascal «el último
paso de la razón es admitir que existen infini-
dad de razones que la superan»?

3. María desempeña, de forma única e irrepetible,
el servicio a la vida dando a luz a Jesús. ¿Estoy
convencido de que cada uno tiene la misión de
«servir» la vida? ¿Cómo la ejercito yo? Ade-
más de la vida física, están la moral, la psíquica
y la espiritual. ¿Tengo premura por desarrollar
todos los aspectos de la vida? En este punto,
¿cómo puedo juzgar la semana pasada? ¿A
quién y cómo le he «regalado» recientemente
un poco de vida?
4. María no es una isla feliz. Su servicio a la vida
beneficia a toda la humanidad, pues Jesús es
generado para el mundo. ¿Estoy pendiente de
construir mi vida espiritual e interior pensan-
do, también, en los demás? ¿Estoy conven-
cido de que, si construyo la civilización del
amor, hago también una contribución social,
pues ayudo a la comunidad a elevarse hacia
lo mejor?
5. ¿Puedo decir que soy devoto de María? ¿Lo
soy según las indicaciones del Evangelio y de
los documentos de la Iglesia? ¿Qué oración
me resulta más fácil? ¿Por qué? ¿Qué aspecto
puedo mejorar?

Alabanza y servicio de dos madres

Lc 1,39-56

Por una singular razón de equilibrio teológico, participar más íntimamente en la vida divina significa introducirse mayormente en la vida de los hombres. Según una regla antigua, reconocida y aprobada en muchas ocasiones y, después, convertida en un pilar fundamental de la espiritualidad cristiana, el creyente que sigue a Dios encuentra espacio e impulso, también, para el prójimo. Juan lo reafirma de forma perentoria: «Quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve» (1Jn 4,20). Por tanto, la vida con Dios no aísla a la persona en un misticismo estéril, sino que la abre al prójimo con un impulso más maduro y más consciente, casi recordando que la verdadera fe se arropa en benévola caridad. María es un ejemplo viviente de esto. Ella, en lugar de apartarse a contemplar el misterio que está viviendo, prefiere abrirse al prójimo necesitado. Va a su pariente Isabel para ofrecerle su ayuda. El encuentro de dos mujeres y, con más precisión, de dos madres, se convierte en icono del servicio recíproco, de la

gratitud a Dios y a los hombres, un «misal» para la oración cotidiana. Es decir, un episodio del que mana humanidad y espiritualidad.

El texto

³⁹ Unos días después María se dirigió presurosa a la montaña, a una ciudad de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena de Espíritu Santo. ⁴² Y dijo alzando la voz: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ⁴³ ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí? ⁴⁴ Tan pronto como tu saludo sonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú, que has creído que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor!».

⁴⁶ María dijo: «Mi alma glorifica al Señor ⁴⁷ y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador, ⁴⁸ porque se ha fijado en la humilde condición de su esclava. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, ⁴⁹ porque el Todopoderoso ha hecho conmigo cosas grandes, su nombre es santo; ⁵⁰ su misericordia llega de generación en generación para todos sus fieles. ⁵¹ Ha desplegado la fuerza de su brazo, ha destruido los planes de los soberbios, ⁵² ha derribado a los poderosos de sus tronos y ha encumbrado a los humildes; ⁵³ ha colmado de bienes a los hambrientos y despedido a los ricos con las manos vacías. ⁵⁴ Ha socorrido a su siervo Israel, acordándose de su misericordia, ⁵⁵ como había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y su descendencia para siempre».

⁵⁶ María estuvo con ella unos tres meses y se volvió a su casa.

Temática y dinamismo

El lector ya ha tenido la oportunidad de conocer a Isabel y a María, porque Lucas ha trazado un itinerario humano y religioso de ellas. Son dos mujeres que tienen en común ser madres, convertidas en tales por un favor divino especial. El fragmento actual tiene una función unificadora: las dos mujeres, hasta ahora relacionadas en la distancia, se encuentran juntas, intercambian confidencias, se enriquecen mutuamente, refiriéndose ambas a la fuente común del Espíritu Santo.

Por tanto, este fragmento es consecuencia directa del precedente. María, informada por el ángel de la concepción de su pariente anciana, se encamina hacia ella. Dos unidades menores componen el conjunto: los vv. 40-45 se refieren al encuentro de María e Isabel; los vv. 46-55 desarrollan la oración de María, mejor conocida como *Magnificat*, por la primera palabra del texto latino. Todo está enmarcado por dos anotaciones geográfico-cronológicas: el v. 39 refiere el traslado de María que, desde su pueblo de Nazaret, situado al norte, se dirige hacia el sur para encontrarse con Isabel. El v. 56 refiere que después de unos tres meses María volvió a su casa. Todo el episodio está sellado por una marcha y una vuelta, después de haber realizado un precioso gesto de caridad, distribuido en el arco de unos noventa días.

Comentario breve

En el Antiguo Testamento, hombres y mujeres se recrean en una convicción común: la importancia de la generación. El hijo es el futuro del hombre y de la mujer. No por nada, «creced y multiplicaos» aparece como el primer mandamiento que se encuentra en la Biblia. Una forma especial de bendición divina es la prole, mejor si numerosa, como sugiere la promesa de Dios a Abrahán: «Te colmaré de bendiciones y multiplicaré tanto tu descendencia que será como las estrellas del cielo y como la arena que hay a la otra orilla del mar» (Gén 22,17). Por el contrario, la esterilidad equivale a humillación y castigo.

María e Isabel (vv. 39-45)

116

María, que va a ver a Isabel, da vida a un encuentro, conocido con el título de *Visitación*, hecho famoso por la iconografía y la hagiografía. En efecto, la atención de los artistas y de la devoción popular se ha fijado, también, en esta escena.

Al principio, hay un movimiento espacial. María deja Nazaret, situada al norte de Palestina, para ir al sur, aproximadamente a ciento cincuenta kilómetros, a una localidad que la tradición ha identificado con la actual Ain Karim, no muy alejada de Jerusalén. El traslado físico da testimonio de la sensibilidad interior de María, que no se

cierra para contemplar privadamente el misterio de la maternidad divina que se realiza en ella, sino que se proyecta por el sendero de la caridad. En efecto, se encuentra en movimiento para ayudar a su pariente anciana –aunque algunos hablan de «prima», el término griego *syngbení* del v. 36 es bastante vago en la determinación del grado de parentesco y, por eso, se prefiere el término más genérico de «pariente»–. El traslado de María va acompañado del añadido «presurosa», que san Ambrosio interpreta así: «María se apresuró a ir hacia la montaña, no porque fuera incrédula de la profecía o incierta del anuncio o dudara de la prueba, sino porque estaba contenta por la promesa y deseaba cumplir devotamente un servicio, con el impulso que le llegaba del gozo íntimo... La gracia del Espíritu Santo no conlleva lentitud».

Es verdad que el texto evangélico no expresa claramente el motivo del viaje. Sin embargo, somos capaces de reconstruirlo relacionando lógicamente algunas informaciones. El anuncio angélico le había notificado a María el embarazo de Isabel, ya en el sexto mes (cf Lc 1,37). El hecho de que ella se detenga allí tres meses (cf v. 56), justo el tiempo para que el niño nazca, permite concluir que, efectivamente, María pretende ayudar a la futura mamá. Ella se mueve y va allá donde la llama la urgencia de una necesidad, demostrando fina sensibilidad y disponibilidad concreta.

Añadamos que, lógicamente, Jesús también se

traslada, en la medida en que lo lleva María. Este fragmento, igual que los precedentes, es ante todo cristológico, porque el discurso se concentra sobre él. Podría parecer una escena dominada por las dos mujeres; en realidad, el fruto de su concepción tiene más valor. La Visitación es una ocasión propicia para que se encuentren sus niños, en este momento, todavía, en el estadio de fetos.

En efecto, en cuanto María entra en casa y saluda a Isabel, el pequeño Juan da un brinco. El movimiento no se puede comparar con los cambios de sitio del feto experimentados por toda mujer embarazada. Lucas usa un verbo griego especial, *skirtáo*, que significa propiamente «saltar», «brincar». Podríamos traducirlo, un poco libremente, con «danzar», para expresar que no se trata de un movimiento puramente fisiológico. Es la percepción, ciertamente extraordinaria, del pequeño Juan en presencia del pequeño Jesús, una forma de «homenaje» del primero hacia el segundo, inaugurando, sin haber nacido aún, esa actitud de respeto y sumisión que tendrá después durante toda su vida. Adulto, Juan dará testimonio: «La esposa pertenece al esposo. Pero el amigo del esposo, el que está a su lado y lo oye, se alegra mucho al oír la voz del esposo. Así que mi gozo es completo. Él debe crecer y yo menguar» (Jn 3,29-30). De momento, hay una percepción que reverbera en un brinco. San Ambrosio comenta: «Isabel oyó primero la voz, pero Juan percibió primero la gracia».

Como confirmación, citamos las mismas palabras de Isabel que, retomando en el v. 44 el mismo verbo griego utilizado en el 41, precisa: «El niño saltó de alegría en mi seno». Por tanto, es un movimiento especial, impregnado de ese gozo que, como precioso y vital «líquido amniótico», envuelve y nutre el relato de Lucas.

Lucas utiliza el episodio para poner de manifiesto lo que se había realizado en la intimidad de Nazaret. Sólo ahora, gracias al diálogo con una interlocutora, el misterio de la maternidad divina abandona su secreto y su dimensión individual, para convertirse en un hecho conocido, objeto de aprecio y alabanza.

Las palabras de Isabel documentan que la profundidad teológica atraviesa a los «concebidos» más que a las madres: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?» (vv. 42-43). Con una expresión semítica que equivale a un superlativo («entre las mujeres»), María es celebrada por su función o carisma (ser «madre del Señor») y por su adhesión incondicional a esa vocación. A ella se le reserva una bendición («bendita tú») y una bienaventuranza («bienaventurada»).

La bienaventuranza del v. 45, la primera del evangelio de Lucas, certifica la adhesión de María a la voluntad divina. Por tanto, ella no sólo es destinataria privilegiada de un designio arcano que la hace bendita, sino también persona responsable

que acepta y sigue. María no es sólo una criatura que sabe, sino una criatura que cree, porque se ha aferrado a una palabra desnuda que ella ha revestido de amor. Ahora, Isabel le reconoce este amor, expresado como creer «que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor» (v. 45), y la celebra como la primera de todas las mujeres. María va a Isabel para un servicio doméstico; Isabel le restituye el servicio litúrgico de la alabanza, reconociéndola bendita como madre y bienaventurada como creyente.

El misterio de esa visita especial es el misterio de la comunicación de dos mujeres distintas en edad, papel, ambiente y características y, sin embargo, unidas en la construcción de la historia de la salvación. Ambas llevan un hijo en su seno y, en vez de hablar de sí mismas, hablan de Dios, de su grandeza, de sus intervenciones prodigiosas. Son madres capaces de alabar, de agradecer y de exultar. Gracias a ellas, el encuentro de dos madres que esperan se convierte en encuentro del fruto que llevan en su seno. El paso, delicadamente indicado, adquiere gran profundidad teológica: Juan percibe la presencia de su Señor y exulta, expresando con su brinco el gozo del contacto con la salvación. María se hará intérprete de esta salvación en el canto que sigue a continuación.